

FELJOO Y BLANCO WHITE  
(Homenaje de un «hereje» al Padre Maestro)

Por Lucienne DOMERGUE

El eclipse del astro Feijoo.

«Es de saber que Feijoo llegó a ser un oráculo y lo es todavía para muchas gentes, y lo era sobre todo en aquellos últimos días del siglo 18 y primeros del 19 en que pareció que íbamos a olvidar hasta la lengua»... «Los últimos retoños del siglo 18 fueron bien injustos con el Padre Feijoo. Les agradaba como develador de preocupaciones, pero les repugnaba como cristiano viejo»... Aseveraciones de Menéndez Pelayo una y otra (1), contradictorias por cierto, igualmente falsas además, ya que a fines del Antiguo Régimen, el Padre Maestro había llegado a cotizarse muy bajo en la lonja literaria. Fase negativa de la fama llama Marañón este fenómeno, lazareto y purgatorio (2). En aquel entonces para nada suele la gente nombrarle al benedictino. ¿Pesará algo la obra aunque no suene el nombre del autor? Me acuerdo de cuando, después de leer a Delpy y a Sarrailh, me interné en la espesura de los papeles del reinado de Carlos IV, buscando, entre otras cosas, menciones feijonianas: poquito coseché. Pasado 1789 el monje casi ya no sale al escenario. Había sido la lumbrera del primer siglo 18. Todavía Sampere lo incluye en su *Biblioteca de los mejores autores del reinado de Carlos III*, consagrando a sus obras una reseña entusiástica que tiene algo de panegírico o de oración fúnebre. Este homenaje no debe engañarnos. Entonces ya pertenece Feijoo al pasado. Por haber resplandecido tan clara su gloria no ha tenido más remedio que oscurecerse. Entre todo lo que he hojeado es el suyo nombre poco citado. Hasta hubo por

(1) M. Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos españoles*, (ed. nacional de sus obras), Santander, C.S.I.C., t. II, 1946, pág. 83 y 90 respectivamente.

(2) G. Marañón, *Las ideas biológicas del P. Feijoo*, 3ª ed., Madrid, 1954, pág. 25.

aquellos años un pendolista del Santo Oficio que incluyó en una lista de libros un tal Frei Job. Verdad es que un compañero suyo, menos analfabeto, puso al lado esta acotación interrogativa: *Será Feijoo* (3). Tanto como el nivel cultural del inquisidor de turno, el detalle muestra que al Padre Benito se le había olvidado bastante.

No se le lee. ¿Cómo se le va a leer si no se imprime nada de Feijoo después de 1789? Contraste sensible con la época anterior donde menudeaban las ediciones. Caro y sin embargo *best-seller*, Feijoo fue, durante unos sesenta años, río caudaloso para provecho y beneficio de las prensas madrileñas y al final navarras también (4). Después ya no se podrá conseguir un tomo de él sino en los estantes de alguna biblioteca familiar (lo posee Meléndez) o pública; en la tienda de un librero de viejo (en Haro en 1795 Jovellanos compra por 140 reales para el Instituto de Gijón sus 18 —serán 13— tomos) (5). Esto prueba que la gente ya no está para gastarse un dineral por el *Teatro crítico* (6). Lo único que se publica es, en 1802, en casa de Repullés, de Madrid, un *Diccionario feijoniano o compendio metódico de varios conocimientos críticos, eruditos y curiosos*. Lo había compuesto un tal Antonio Marqués y Espejo, presbítero, capellán colector de la Iglesia de Recogidas de la Corte (7). Lo vio y censuró para el Consejo de Castilla el Padre Moreno, abad de San Martín de Madrid, el convento benedictino donde estuvo el padre Sarmiento. «No se lee in extenso la magna obra, basta un resumen de las luces que este hombre grande esparció en todo el orbe literario, concede el censor. El público beberá en él su sana doctrina ya que no todos pueden proporcionarse los muchos volúmenes que escribió dicho autor. Este será el medio fácil para que se extiendan sus bastos eruditos escritos, concluye el padre Moreno». Ello es todo, y es poco.

A Feijoo tampoco se le cita. Las generaciones anteriores le habían a veces mordisqueado y hasta mordido; eran duras sátiras, o críticas moderadas, algo despreciativas, por parte de unos eruditos verdaderos como Piquer y sobretodo Mayans: desdén es lo que sienten éstos para con los hacedores de Polianteas, Diccionarios, Misceláneas, *Teatros* y «otros semejantes libros» (8). Con todo no le cuesta trabajo a Delpy citar a no pocos autores deudores de Feijoo (entre ellos Cadalso o Campomanes) (9). Pero andando el tiempo estos pedidos prestados a la obra feijoniana se van haciendo anónimos y como furtivos. No sé si prueba algo el que Campoma-

(3) Cito la anécdota en mi tesis: *La censure en Espagne à la fin de l'Ancien Régime* (de próxima publicación).

(4) En casa de Coscolluela, Pamplona, se publica en 1784-86. Véase G. Delpy, *l'Espagne et l'esprit européen*, Paris, Hachette, 1936, pág. 335.

(5) Jovellanos, *Diarios*, Oviedo, 1953-56, t. II, pág. 62-63.

(6) En vida de Feijoo ya salían sus discursos en pliegos sueltos, pero eso prueba que entonces hasta los que no tenían dinero los querían leer y los compraban al pormenor.

(7) González Palencia, *La censura gubernativa en España*, 3 t., Madrid, 1934, t. I, núm. 42.

(8) Posible alusión a Feijoo, citado por F. López, *Former et la crisis de la conscience espagnole*, Bordeaux, 1976, pág. 201.

(9) Delpy, *op. cit.*, pág. 147.

manes no firme en 1773 su *Vida del Padre Maestro Feijoo* «arrastrada y atropellada, según Jovellanos, como hecha de prisa y en medio de sus grandes negocios» (10). En las *Cartas Marruecas*, a pesar de que Delpy consiguió llenar páginas reseñando los temas comunes en la prosa cadalsiana y el *Teatro crítico* (nobleza, conquistadores, mentiras gacetales, abusos de la escolástica) no se le nombra mucho: claro que en «obra de amena lección» no tenía Cadalso por qué citar sus fuentes. Aparece sólo una vez en las *Cartas* y es en son de burla: al monje se le califica de «archi-crítico». En los *Eruditos* suena, sí, su nombre tres o cuatro veces, de paso, irónicamente más bien, no se sabe a ciencia cierta si con matiz despectivo; pero, en estos escritos, no se nota tampoco admiración para el maestro (11). Excepto sólo en la *Defensa de España contra Montesquieu*, que es una apología de lo español (12). ¿Cómo el escritor patriota iba a dejarse en el tintero al cantor de las *Glorias de España*?

En resumidas cuentas, al leer la obra de Cadalso ¿quién se atrevería asentar que su autor experimentó para con Feijoo algo más que sentimientos mitigados? Juicios dudosos, ambiguos, sino negativos resultan siempre los suyos, quizás por no querer comprometerse: seguía estando vigente el decreto de Fernando VI y siendo tabú el Padre Maestro. Nos olvidamos a menudo del peso de la autoridad, por medio de sus omnímodas censuras, en el juego literario de aquel entonces.

Fornier el mayansiano, satírico de oficio, recarga más la ironía en las *Exequias*, donde hace de reo el Padre Benito. Sobre todo se propasa en el *Cotejo de las églogas premiadas por la Academia*: según su fiscal, para lo que vale el benedictino es para copiar los libritos franceses; se censuran la falta de instrucción y sobra de jactancia de quien, tuerto en tierra de ciegos, se habrá creído el único lumínar en días tenebrosos (13). Tal franca hostilidad conviene al genio de Fornier.

Terminaron ya para siempre las enconadas peleas entre feijonianos y antifeijonianos tan fervorosos y vehementes unos como otros. La nueva generación, la de la ilustración propiamente dicha, la constituyen unos herederos del monje algo indiferentes, desagradecidos, discutidores y críticos, cuando no respetuosos por motivos de mera urbanidad. Es que los temas de Feijoo, que no fueron siempre originales en tiempos del autor, han pasado a ser unos tópicos, «especies» recalçadas, repetidas a troche y moche. Ya no interesa saber que fue el Gallego el iniciador pedagogo que las esparció. Quizá les importe a los curiosos de arqueología o de historia. El *Semanario erudito* de Valladares publica, en 1788, entre varios manus-

(10) Jovellanos, *ibíd.*

(11) J. Cadalso, *Los eruditos a la violeta*, ed. de N. Glendinning, Madrid, ed. Anaya, 1967, pág. 73, 104 y 129.

(12) Véase la edición de G. Mercadier, Tolouse, 1969, pág. 31: «Verían unos excelentes críticos como Gracián y Feijoo, éste incomparable por su extensión, magisterio, candor y sabiduría».

(13) *Cotejo de las églogas*, ed. de F. Lázaro, Salamanca, 1951, pág. 24.



critos de estadistas y arbitristas del tiempo de los Austrias, *Varias notas al «Teatro crítico» del eruditismo Feijoo*, por Macanaz (14) (eran uno y otro lejanos antepasados de los ilustrados «primitivos» de las Luces).

Por estas fechas redactará Foronda su *Necesidad de enmendar los errores físicos, químicos y matemáticos de las obras de Feijoo*, y en 1791 el autor de *Retratos de españoles ilustres* apunta lacónico y tajante: «Si su libro, inferior a las luces que se hallan extendidas, no puede ya enseñar nada nuevo, éste es un efecto necesario de los progresos del espíritu» (15).

Más que cualquier otro había de sufrir Feijoo profundo olvido, desconocimiento de parte de los escritores venideros. Cruzaría un desierto más vacío, ya que había tenido una fama enorme y en vida lo había hecho el mismo rey de España *gloria Hispaniae*: Tanto más decae uno cuanto más alto subió. Inconfesado rencor quizás y frialdad le tributaban sus seguidores al extraordinario benedictino. He aquí el último ejemplo de ello. Se pregunta con ansia, ternura e ingenuidad Dionisio Gamallo (16) si por las calles de Oviedo o en los claustros de su Universidad se habrán cruzado algún día el Padre Maestro y el joven Jovellanos, y si en alguna página éste eludirá a tal encuentro. Que yo sepa, no. Peor todavía ¿será Feijoo santo de su devoción? Ni siquiera se puede asegurar. Creo que prefería al Padre Sarmiento. No cabe duda de que lo había leído, hasta lo cita, pero contadísimas veces, para fruslerías (17), o para criticarlo como lo hace reiteradamente a propósito de las romerías (18). A su tío el abad de Villoria le escribe que ha hecho noche en San Salvador de Lérez: no nombra a Feijoo. En el artículo *Oviedo* redactado para el *Diccionario geográfico* de la Enciclopedia española no nombra a Feijoo. En los discursos pronunciados en Oviedo y referentes a Asturias tampoco. En los innumerables planes y bibliografías dados para alumnos o amigos nunca aconseja la lectura de Feijoo (19).

Las desagradecidas generaciones ilustradas no le boicotean siquiera al gran pionero; si no le mientan es que ni se acuerdan de él. En conclusión conocía el Padre Maestro por los años 80 el mayor éxito (algo amargo por cierto) con que puede soñar un escritor: adocenadas, trilladas se habían hecho las novedades por las cuales él luchó. Ya sus audacias se consideraban como timideces o vulgaridades.

Prólogo un tanto largo el mío, lo confieso, pero al fin y al cabo no se celebra aquí el centenario de Blanco White.

(14) P. J. Guinard, *La presse espagnole de 1737 à 1791*, Paris, 1973, pág. 285, nota 22.

(15) G. Marañón, op. cit., pág. 26.

(16) Dionisio Gamallo, «La poesía de Feijoo» en *Ocho ensayos en torno a Feijoo*, Santander, 1965, pág. 171.

(17) En una carta al canónigo Posada alude a la palabra *infans*: «Ya probó Feijoo que no era buen latín para significar un Príncipe de España» (Jovellanos, *Obras*, en B.A.E., L, pág. 185 y V, pág. 35).

(18) Feijoo reprobador de las romerías enfada al Asturiano, el cual prefiere a Sarmiento (B.A.E., L, pág. 226 y 301).

(19) No es único el caso de Jovellanos. Leandro Moratín nacido en 1760 no cita a Feijoo en su abundante epistolario ni en su *Diario*. Sigue el purgatorio hasta el siglo 19. Quien dice Galicia, quien dice superstición piensa en Feijoo. Ahora bien en el librito clásico y varias veces editado de Jesús Rodríguez López no se le nombra para nada, pero sí al P. Sarmiento U. Rodríguez López, *las supersticiones de Galicia*, ed. Celta, Lugo, 4ª ed., 1970, la 1ª ed. es de 1895.

## Un niño sevillano por los años de 1789 : José María Blanco y Crespo.

A este niño le conocemos bastante bien por varios textos en que el autor, hombre maduro ya, descubre el velo del pasado: *Letters from Spain* (1822) y *The Life*, de un decenio más tardía (20). Como Rousseau el ex-cura Blanco White tenía manía autobiográfica, o sea reflejo de auto-defensa. Y pienso que antes de Blanco, —el cual escribe entonces en inglés hay que notararlo—, no se da en las letras castellanas otro ejemplo de un escritor que tome repetidas veces directamente, sin rodeos ni timideces, su propia vida como tema único de sus libros. Hubo Torres Villarroel, pero ambas obras podrán compararse tan sólo con el título. En cuanto a los diarios de Jovellanos o de Moratín, parece seguro que nunca fueron para sus autores obras literarias, compuestas para salir al público en letras de molde.

Uno se preguntará qué valor histórico, científico pueden tener unos libros escritos treinta o cuarenta años más tarde, y en defensa propia quizá, por un literato que piensa hacer una obra literaria. Hay en los recuerdos de Blanco gran precisión de detalles, indudable afán de sinceridad, o de parecer sincero, voluntad constante de explicar, de aclarar: no quiso pintarse a sí mismo del todo cándido, albo, blanco (perdonen el juego de palabras involuntario), ni tampoco negro, demoníaco, malvado. De su testimonio en general no se tratará aquí. He sacado sólo un episodio, ya que toca al Padre Feijoo. En él no tenemos por qué sospechar la ingenuidad del autor. Con el auxilio de Blanco intentaré primero situar dicho episodio y su protagonista.

Hijo de católico irlandés emigrado a Sevilla por motivos religiosos era su padre y andaluza de sensibilidad ardiente su madre. Blanco nace pues en una familia piadosísima: junto con los primeros rudimentos del habla inicia su instrucción religiosa. Apenas cumple ocho años, ya que según los teólogos empieza a los siete la responsabilidad moral, cuando los padres le someten a una «ronda perpetua de ejercicios de devoción», de los que conservará penosísimo recuerdo. El domingo sobretodo es terrible: a primera hora va con su padre al convento dominico de San Pablo; espera de dos horas en la iglesia antes de desayunarse; luego a la catedral: otro par de horas desfalleciente de pie o de rodillas, puesto que no hay sillas; comida; luego dos horas en otra iglesia; por fin paseito y filantrópica visita al hospital (otras dos horas más). Dos veces al mes confesión: Blanco sabe evocar con negros colores lo que pudo ser este tormento para un niño sensible y escrupuloso: «Debo a dicha práctica, dice él, el primer sabor del remordimiento cuando mi alma se hallaba todavía en un estado de inocencia infantil». Más tarde, —sólo a partir de los catorce años—, el breviario,

(20) A Blanco, tras larguísimo purgatorio, empezamos a conocerle algo mejor hoy en día gracias a los trabajos apasionados y apasionantes de V. Llorens y J. Goytisolo. Al primero debemos la publicación de la *Antología de la obra en español*, Barcelona, Labor, 1971 y de *Cartas de España*, traducidas, Madrid, Alianza ed., 1972. A Goytisolo la traducción de *Obra inglesa*, Barcelona, Seix Barral, 1974.

acto diario extremadamente enojoso que dura por lo menos hora y cuarto. Por fin, de vez en cuando, unos ejercicios espirituales, los cuales le inspiran una extraordinaria pintura bastante goyesca que en su *Life* ocupa largas páginas dignas de Galdós o de Valle Inclán.

Con eso tiene el niño José María temprana hambre intelectual. Por supuesto su primera educación se limita al conocimiento del catecismo, con unas interpretaciones teológicas en la jerga característica de la Escuela: «Teniendo en cuenta mi edad, llegué a ser un experto en la dilucidación de tales misterios» (21).

Pero para el hijo mayor de un piadoso comerciante acomodado, la vida espiritual ¿cómo habrá de serlo todo? Desde los ocho años empieza un aprendizaje severo en el escritorio paterno con un viejo irlandés: con él aprende a escribir y calcular un poco, unas nociones de aritmética aplicada al comercio, inglés también desde luego. Se pasaba todo el día copiando cartas en inglés, facturas, letras de cambio, etc... Odiaba aquello. A duras penas la madre, de temperamento más orgulloso, menos pragmático, consiguió que estudiara por la tarde gramática latina con un maestro particular para que por lo menos eso le distinguiera a su hijo de «cualquier ganapán mercantil». Entonces el latín llega a serle una caudalosa fuente de dicha, pero ni siquiera le dejan tiempo para preparar sus lecciones: tiempo perdido según la rama irlandesa.

A los doce años para librarse de la servidumbre del comercio, sale con que quiere ser sacerdote: así podrá estudiar. Sin embargo el bando comerciante exige que siga por la mañana en el escritorio copiando cartas, mientras que por la tarde asiste a la escuela de latinidad de su profesor de latín. A los catorce años, como no se ha apeado de su propósito de ser clérigo, debe estudiar filosofía aunque de latinidad sabe poco: difícilmente podía analizar a Cicerón y Virgilio. Para todo lo demás, ignorancia completa.

1789 ¿En qué establecimiento ingresará para los cursos de lógica primero, luego de filosofía natural y metafísica que tienen que seguir los futuros maestros en artes? Por desgracia suya fue con los dominicos cuyo sistema educativo era «digno del siglo XIII», aun cuando su colegio de Sevilla se fundó en el XVI. Rivales, suyos habían sido los jesuitas, después de su expulsión seguían conservando en la Universidad las principales cátedras los últimos restos de sus discípulos. La madre de Blanco era filojesuíta, y también Blanco, quien hubiera querido ser jesuíta. A pesar de eso a José María no le matriculan en la relativamente moderna Universidad porque el confesor de su padre era dominico y el fraile «me señaló

---

(21) *Obra inglesa*, pág. 106.

como teólogo de su escuela», dice el autor con ironía amarga (22). Para lograr su plan le convence a su penitente que la herejía ya había empezado a infiltrarse entre esos nuevos profesores, esos novadores cuyos tratados de filosofía eran los usados en la Universidad, herejía que rayaba en politeísmo. Así en el Altieri, *Elementos de filosofía*, tomo II, se lee que hay un espacio eterno e infinito. «Lo cual, como Vd ve, señor Don Guillermo, es casi decir que hay dos Dioses, concluía el dominico». El bueno del padre de Blanco que, como los más súbditos a quienes les había tocado vivir en tierra de Inquisición, «se terciaba de muerte al oír la palabra herejía» (23), decidió al momento que su hijo había de «beber los puros a raudales de la ciencia tomística», lo cual hizo a partir del curso 1789-1790.

Las lecturas de este chico, aficionado precoz a los libros, no pasaban de unos títulos, y eso a pesar de su insólito apetito de leer. Eran centones como narraciones del Antiguo Testamento, o vidas de santos sacadas de *L'Année Chrétienne*, manual de devoción traducido, ya que, como lo señala justamente J. Herrero a los Franceses les pedían prestado los traductores y editores todavía más «libros buenos», sana y santa literatura que no maná filosófico y subversivo. Entre los héroes del santoral escogía José María a los mártires porque nunca le fueron simpáticos los santos modernos. Había también el *Año Virgíneo*, obrita que para cada día del año contaba un divertido milagro. En una nutrida nota Blanco da uno de los «ejemplos» de tal libro; se podría titular la Virgen y el alabardero del ejército de Flandes. Eran grandes pecadores las más veces que se escapaban por los pelos gracias a la intervención de San Francisco o de cualquier otro santo y que también inspiraron a infinitos pintores peninsulares (24).

Literatura sanísima aunque algo sosa sería todo lo que podía sacar de la minúscula biblioteca paterna, la cual contaba sólo media docena de títulos. Entre ellos, sin embargo, un tesoro, aquel Telémaco de Fenelón vertido al español. El niño lo lee tanto que a los seis o siete años se lo sabe de memoria. Aquellos héroes encienden su imaginación, le encantan. Pero el libro tiene en su vida incidencia más fuerte: a causa del Telémaco, experimentó sus primeras dudas religiosas (véase la graciosísima escena con el bueno de su confesor). Por él además, casi sin darse cuenta, aprenderá luego el francés; pondera el mismo Blanco el «influjo que ejerció el contacto temprano con la traducción de Fenelón en (su) conocimiento futuro del francés».

Lectura más sustanciosa que las simplezas hagiográficas le resultó el *Quijote*, prestado por su profesor de violín. Aun jovencito de unos doce años, lo lee a escondidas, ya que era, en opinión de su padre, libro, peli-

(22) *Id.*, pág. 99.

(23) *Id.*, pág. 108.

(24) *Cartas*, pág. 352.



groso. Goce incomparable, confiesa, mayor sin duda por devorarlo solito en la pequeña habitación donde estudiaba. También parece que el mismo maestro le dejó *Las Mil y una noches* (25).

Este es el joven espíritu hambriento y totalmente desapercibido a quien de buenas a primeras van a enfrentar con las abstracciones de la escolástica más pura o, como él lo dice, «hundir en las heces de la filosofía aristotélica»: Aristóteles y Santo Tomás y nada más. A pesar de que no tiene ninguna instrucción elemental, sólo sucinto conocimiento del latín, no importa. Para eso los dominicos sevillanos tenían un manual de lógica que estuvo en boga antes de las reformas de 1770: en su casa se leían áridas especulaciones en *Categorías ad mentem divi Thomae Aquinatis*. Después de varias tentativas infructuosas de comprensión tiene el alumno desesperado que arrinconar para siempre la voluminosa obra (él habla de un gran volumen en cuarto). Supongo que lo que los padres pretendían sería que estos estudiantes bisonños de catorce años se lo supieran de memoria. En 1772 los catedráticos salmantinos opinaban que era conciso el libro (no así Blanco) y tenía buen latín (su poca latinidad no le permitía opinar en eso). El autor era el dominico francés Antoine Goudin. Según algunos la obra es una excelente exposición del tomismo. Puede que sí, pero ya entonces era tenida por algo rancia. Vemos que era libro de textos generalmente ridiculizado o descartado. En el Real Instituto Asturiano Jovellanos quiere el Musschembroek, no el Goudin. En 1789 el *Espíritu de los mejores diarios* ofrece una graciosa crítica de la enseñanza en la Facultad de Derecho donde los estudiantes sólo han leído el Goudin y su jerigonza (26). El *Correo de los ciegos* de 30 de enero de 1788 se burla de los teólogos españoles y de su estimado Goudin que tendrían cuanto antes que sustituir por Locke y Condillac (27). Forner, que en Salamanca, en 1772, había tenido que estudiar por el Goudin, dice en el prólogo de las *Exequias* lo que piensa de tal libro.

A pesar de los esfuerzos hechos por el Consejo de Castilla a partir de 1770 para quitarle y poner a Jacquier, Musschembroek o Villalpando seguirá vigente el Goudin ya que menudean las ediciones y hasta hay traducción debida a Santos Díez González (28). Así como así, tan antipático libro era un alimento desabrido que no llegó a empacharle al muchacho, ya que nunca pensó en empostrarlo. Esos latinajos que no entendía no le perjudicaron: se quedó *in albis*, y su inteligencia hubiera seguido del todo baldía.

(25) Estos libros, y particularmente la obra de Feijoo, llegaron a formar lo que con una bella imagen citada por F. Lopez, op. cit., pág. 207, llamaba Lucien Febvre «el alma de papel» de Blanco, esta memoria infantil, doble en el que lee, la cual sigue viviendo en el hombre.

(26) Citado por J. Sarrailh, *l'Espagne éclairée de la deuxième moitié du 18ème siècle*, París, 1956, pág. 207.

(27) Véase Guinard, op. cit., pág. 234.

(28) R. Herr, *España y la Revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1964, pág. 138. En cuanto a los dominicos defensores del ultramontanismo, tercos conservadores y partidarios de ergotismos y silogismos, escandalizaron hasta a sus hermanos franceses emigrados cuando la Revolución, los cuales comentaron la cosa con palabras que hacen pensar en las de Blanco: «Hemos salido de Francia a finales del siglo XVIII y nos hallamos en España a mediados del XIV» (Herr, op. cit., pág. 144).

A pesar de la repugnancia que le tenía al Goudin, conservó un inmenso deseo de aprender este niño que tenía necesidad de leer para ser feliz. «En cualquier otro país me hubiera encontrado, dice él, con una gran variedad de obras que hubieran enriquecido mi espíritu con un caudal de hechos y observaciones». No así en España; muy escasas son las oportunidades de tropezarse con un libro bueno (29). Quizá exagere algo en el alegato, generalizando la indigencia sevillana. De todos modos, metido en tal ambiente, el encuentro con la obra de Feijoo lo ve él como una suerte grande, inaudita, impensada. En su desierto intelectual (familia y colegio) este niño sustentado con Goudin, o a falta de Goudin con nada, va a adentrarse en ayunas en la obra feijoniana, va a zambullirse en la crítica del *Teatro crítico*.

### Blanco y Feijoo: el choque esencial.

Nació el benedictino 99 años antes que el canónigo: huelga decir que éste sólo pudo conocerle por sus libros. Blanco cuenta su revelación, su camino de Damasco intelectual en dos libros suyos. En *Letters from Spain* (carta 3<sup>a</sup>) van *Algunos hechos referentes a la formación del carácter intelectual y moral de un sacerdote español* (30), en los cuales más de tres páginas están dedicadas al lance. Entre 1830-1832 redacta *The Life of the Reverend Joseph Blanco White: Narrative of this life in Spain and England*; en el capítulo I<sup>o</sup> ocupa el incidente menos de una página (31); con menos detalles, menos dramatización, menos preocupación literaria, ambas relaciones quedan parecidas, a pesar de poquísimas y mínimas diferencias. He aquí el relato de Blanco.

Una de sus tías paternas (se sabe que es la tía Anica) tiene un gabinete de libros, libros españoles y por supuesto franceses. ¡Caso inaudito! ¡Sería la única dama de Sevilla en poseer algo legible! Verdad es, advierte el sobrino, que su educación había sido superior a la que se les suele dar a las Españolas que padecen total ausencia de cultura intelectual. Si posee Anica la obra de Feijoo eso no querrá decir que por los años 1780 el Padre Maestro haya ingresado en las bibliotecas de damas entre historietas y santorales.

A José María le permitieron leerlo. Pero no fue sin dificultad, dice él en *Letters*. Blanco conserva el recuerdo de una obra ingente, inmensa, monumental. A menudo aparecen así, más tarde, las cosas de la infancia. Para un espíritu yermo todo Feijoo era efectivamente algo enorme y para empa-

---

(29) *Cartas*, pág. 99. Sobre el particular tienen Blanco y Feijoo opiniones contrarias. Escribía éste: «Hay en Madrid muchos (libros) no sólo en la Real Biblioteca, más aún en la de algunos particulares; creo que hay bastantes en Zaragoza y en Sevilla y en tal cual otro lugar de los mejores de España» (citado por Marañón, op. cit., pág. 52 nota).

(30) Pág. 79-124. La conversión feijonista en las páginas 100-103.

(31) Véase en la traducción de Goytisolo de *Obra inglesa*, pág. 109.

char a cualquiera, tanto como el Goudin en cuarto (32). Sin embargo ésta sólo sería la primera impresión. En seguida quiso el niño probar si su inteligencia, barbecho todavía sin roturar, tenía bastante fuerza para entender a Feijoo y saborearlo. Eso por lo menos le dice él en las *Cartas*, que a veces han de ser reconstitución a posteriori. Por este motivo o por otro impulso, se arroja con la mayor avidez sobre estos volúmenes. Una y otra vez insiste el exiliado en el apresuramiento de su lectura infantil, ponderando la avidez, con que a los quince años devoró aquellos catorce tomos.

El efecto fue repentino y total. «Penetré completamente en el espíritu de la obra, comprendí los principios de la filosofía de Bacon», escribe en su *Vida*. En las *Cartas desde España* había dado versión mucho más enfática todavía. El autor comunicaba a estos párrafos gran entusiasmo traduciendo el que le invadió treinta años y pico antes. El Sevillano usa esta bella imagen: «El contenido de sus páginas cayó en mi alma como las lluvias primaverales sobre una tierra sedienta». Emplea a continuación esta otra comparación orientalizante y romántica ya, sacada de sus escasas y apasionadas lecturas de niño: «Si el poder de la lámpara maravillosa de Aladino me hubiera conducido al espléndido palacio subterráneo descrito en las *Mil y una Noches* no hubiera experimentado el placer que sentí al disfrutar del tesoro espiritual del que me creía entonces dueño. La fuerza física se desarrolla de forma tan gradual que creo serán muy pocos los que puedan gozar al experimentar un súbito comienzo de un nuevo vigor corporal. Pero mi espíritu había vivido como un pajarillo dentro de su nido, sin saber que tenía alas hasta que este maestro inesperado con su audacia le decidió a volar. Partiendo de un estado de vida casi animal, me encontré de repente en posesión de la facultad de pensar, y dudo que mi alma, cuando después de la muerte se levante a un nivel superior de existencia sea capaz de sentir y utilizar sus nuevos poderes con más intenso deleite» (33).

Aquí se trata pues de algo casi milagroso, de un alumbramiento por lo menos, de una iluminación. El recuerdo de semejante metamorfosis se guarda para siempre claro y vivo. Blanco, maduro ya, expresa sin embargo esta reserva: si será prudente fiarse de la opinión de uno sobre el primer libro que leyó cuando muchacho. Duda pues a un tiempo de lo que fue Feijoo de verdad, mientras está seguro, eso sí, de lo que el mismo le debe. No pienso que haya contradicción. Al definir objetivamente la obra del benedictino suele usar de expresiones de este tipo: «Si puedo fiar de mis recuerdos»...«si el recuerdo no me engaña». Prudente se muestra Blanco, tanto más cuanto que no ha vuelto a manejar la obra del monje: que yo sepa no lo cita en ningún otro lugar de sus escritos. No obstante con pocas

(32) «Una gran serie de discursos y cartas que forman una obra de 14 volúmenes» (*Cartas*. «Su obra principal se compone de unos 10 o 12 volúmenes en cuarto apretadamente impresos» (*Life*).

(33) *Cartas*, pág. 101.

palabras logra definir, después de tantos años, de manera aguda y certera el papel de Feijoo en su siglo.

Primero cita tres nombres esenciales gracias a los cuales logró Feijoo dar a luz su *Teatro crítico*. Se trata de dos ingleses y un francés. Bacon, el promotor de la filosofía experimental: «Feijoo había asimilado profundamente el espíritu de la obra de Bacon», escribe Blanco, quién de niño comprendió a través del gallego los principios del filósofo (34).

De Bayle aprendió Feijoo a ser «precavido en valorar las pruebas históricas y a sospechar regularmente de las numerosas opiniones» (35).

Boyle por fin: Feijoo divulga todos sus descubrimientos científicos (36).

Respecto al fondo, doble aspecto tiene, vista por Blanco, la obra del fraile. Por una parte es éste el «audaz benedictino» que «combatió», «audazmente atacó» y «declaró guerra abierta a toda clase de charlatanería». Repetidas veces se alude a esta «osadía». Su blanco, su meta fueron el sistema escolástico y los errores establecidos. Sus ataques a las supersticiones populares metieron «alarma en la crédula raza». Pero por otra parte el anglicano Blanco subraya la inquebrantable ortodoxia de Feijoo. Este sólo la emprende con los «milagros y apariciones que no habían sido aprobados por la Iglesia de Roma». Si combate errores, son los «que no estaban amparados bajo el inmediato patrocinio de la religión». Ahora nos habla también del «cauto benedictino», que siempre supo «evitar cualquier desliz en lo tocante a la religión establecida».

En cuanto a la forma también se da este doble aspecto. Feijoo es un divulgador cuyas fuentes son los libros de Francia. «Por medio de la lectura de muchas obras latinas y francesas había obtenido una gran cantidad de conocimientos» dice Blanco, el cual destaca a un tiempo su singular talento, su estilo evidentemente personal. Dio a conocer los resultados de los demás, pero siempre lo hizo «con estilo agradable y popular» y «con peculiar felicidad de expresión», de modo que al contrario de Goudin, Feijoo es inteligible hasta para una inteligencia baldía. Destaca Blanco aquella

(34) Martín Martínez nombró a Feijoo «nuevo Verulamio español». Otros no tan benévolo dijeron que el hereje era el «Adonis del Padre Maestro». Para Marañón, *op. cit.*, pág. 55: Feijoo fue el verdadero profeta y apóstol de Bacon, su San Pablo en España; su Biblia y guía en la ciencia fueron las obras de Bacon. En cuanto al mismo Feijoo canta una y otra vez los méritos de su modelo: «Sin temeridad se puede decir que cuanto de un siglo a esta parte se adelantó en la física todo se debe al canceller Bacon» («Mapa intelectual», en *Teatro crítico*, t. II).

(35) Algunos no quieren que se cite a Bayle como inspirador de Feijoo al lado de un Bacon por ejemplo U. Caro Baroja, «Feijoo en su medio cultural», en *El Padre Feijoo y su siglo*, Cuadernos de la cátedra Feijoo, Oviedo, 1966, t. I, pág. 163, nota 33). Delpy, *Bibliographie des sources françaises de Feijoo*, Paris, Hachette, 1936, pág. 3-4, cita 20 lugares en que el Padre Maestro recurre a la autoridad del *Dictionnaire Historique et critique*. Claro que como siempre lo hace con los herejes a quienes admira, Feijoo mezcla el elogio con la crítica más vehemente.

(36) Por un error de lectura evidente, el traductor de las *Cartas de España*, pág. 101, puso Bayle (todos los descubrimientos científicos de Bayle) en vez de Boyle, «el famoso Boyle», «este célebre físico». A Pierre Bayle ya le había citado Blanco unas diez líneas *supra*.

gracia singular que le reconocieron hasta sus enemigos. Su contradictor Mayáns concedía: «Cuando oigo decir que es ameno en sus discursos y sabe decir con claridad lo que piensa, alabo semejantes pareceres» (37). «Si escribe cosas que otros escribieron, opina el Licenciado Pedro de la Torre que fue entusiasta censor del *Teatro*, las explica como ninguno las explicó hasta ahora» (38). Tal unanimidad de opinión entre los críticos de Feijoo bastaría para probar que, pese a la severidad de algunos juicios, el polígrafo benedictino no deja de ser un clásico.

### Consecuencias

Penetra Blanco tanto la magnitud como los límites de la obra feijoniana y por tanto de la experiencia precoz que de ella tuvo.

«Clarísima y aguda inteligencia», el monje supo levantarse sobre el nivel mental de España a principios de su siglo, eso es cierto. También «es verdad (habla Blanco) que mis conocimientos estaban limitados a unos cuantos hechos físicos e históricos». Después de devorar a Feijoo, la aventura intelectual no hacía más que empezar para él. Pero el gusano ya se había hecho crisalida. Pronto desplegaría las alas. De repente había aprendido el adolescente a razonar a argüir, a dudar (*Letters*). «Un gran amor al saber y un odio similar a los errores consagrados se manifestaron bruscamente. Puedo decir en perfecta verdad que el espíritu que surgió entonces no me ha abandonado jamás. Han transcurrido casi cincuenta años y ahora más que nunca reconozco con alegría mi identidad intelectual con el niño de quince». (*Life*). Ventaja inmensa, vital pues, es la que ha sacado su espíritu de tal encuentro.

Crisis de adolescencia también, que primero se manifiesta contra la familia. ¡Cuál sería la sorpresa y alarma de sus buenos familiares al oír al escéptico novel que en adelante no les deja «pasar ninguna de sus creencias (que no fuesen religiosas, claro está) con el valor que ellos les daban»!. A Feijoo, su nuevo modelo, le remedará copiando su duda metódica aunque limitada. Da al traste con las ideas comunes empieza su propia revolución cultural.

Indulgentes serían los padres. Pero peor todavía —o si se quiere mejor— Blanco el hijo ya no puede aguantar las clases. Naturalmente tímido no se abalanza lanza en ristre como Don Quijote, no se atreve. Más bien pasiva es su resistencia; su cuerpo está presente en el aula mientras

(37) López, *op. cit.*, pág. 193.

(38) Véase la aprobación del Tomo III del *Teatro*: «De donde inferio cuán útil puede ser a todos la lectura del *Teatro crítico* porque aun donde se lea algo que hayan tocado otros autores se forma otro concepto más claro que el que anteriormente se tenía y los mismos objetos que antes se encubrían entre luz y sombras se ven patentes con luz meridiana».

su espíritu revolotea muy lejos. Ostenta profundo desprecio, descuido y falta de atención tan evidentes que de ellos se da cuenta el dómine «su reverendo profesor de lógica», cuya simple vista le resultaba ahora odiosa al chico. Consecuencia más grave fue ésta para la carrera y la vida de Blanco: un día éste no puede tolerar la reprimenda pública que le hace el dominico. Se levanta e impertérrito declara que él no está dispuesto a seguir pervirtiendo su inteligencia con las absurdas doctrinas que se enseñan en esas escuelas. Sonrisa sarcástica del maestro: «¿Cuáles serán esas doctrinas?» Entonces el valiente José María echa un discurso sobre el vacío, a la sazón una de sus teorías favoritas. En el tomo II<sup>o</sup> de los *Elementos de filosofía* leídos en el colegio de los dominicos, que seguían siendo «plenistas», se negaba la existencia del vacío y se defendían las viejas lucubraciones sobre simpatías y antipatías, según las cuales los líquidos subían por la repugnancia a la naturaleza a ser herida y desgarrada. A Blanco, «vacuista» como su único maestro Feijoo (39), le encantaban los experimentos descritos en el *Teatro crítico*, aquellas láminas tan bonitas, todo lo de las bombas aspirantes o jeringas o máquinas neumáticas de Torricelli o Guericke o Boyle. El joven acalorado se lo explicó todo al fraile atónito.

«Es muy humildito el niño». Así según Cabarrús (40), manifestaban su satisfacción los monjes castellanos al hablar de cualquier discípulo. Perplejo, sorprendido, nuestro fraile que, según dice Blanco, no era precisamente un genio, sólo supo montar en cólera y amenazar con delatarlo a la familia.

¿Sería sólo por falta de humildad profesional o magistral? ¿O por mera estupidez? Blanco parece pensarlo, como los más de los que evocaron la vetusta enseñanza escolástica de aquellos tiempos. «En las aulas y colegios, dando gritos patadas y sudores, buscando la verdad, se suele hallar solamente una ronquera», diagnosticaba el médico Martín Martínez (41). En mi opinión calan más hondo los que están persuadidos que no eran sólo *ceguera*, *ictericia*, *cataratas*, o sea inercia y rutina, las de aquellos frailes voceadores y escolásticos (42). Era por parte suya defensa espontánea, instintiva de sus propios intereses, de su estatuto social, de su ser mismo. Desde este punto de vista, su filosofía, íntimamente unida a una

(39) Feijoo consagra varios discursos al tema: *Existencia del Vacío* se titula el discurso 2 del tomo V del *Teatro*, y parte del discurso XI (tomo II) trata del peso del aire. Los escolásticos seguían defendiendo la «imposibilidad natural del vacío» o «repugnancia o miedo del vacío», o bien «horror» que tiene la naturaleza al vacío.

«Aristóteles, aquel sutilísimo filósofo, puso al mundo en posesión de la plenitud dando por absolutamente repugnante que haya en él algún espacio, ni aun mínimo y que no esté lleno u ocupado de algún cuerpo» (*Teatro*, V, 12).

Menéndez Pelayo recuerda las contiendas que hubo en 1732 entre los modernos vacuistas (Gassendistas y Maignanistas) y los aristotélicos recalcitrantes, esos «trasañejos peripatéticos» «envueltos en el estiércol de la Escuela» *Heterodoxos*, V, p. 83-84). Todavía en 1790 los dominicos no nombran a los primeros ni para bien ni para mal.

(40) Cabarrús, *Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, etc.*, en B.A.E., t. XLII, pág. 571.

(41) Citado por Marañón, *op. cit.*, pág. 120.

(42) F. López por ejemplo: véase *op. cit.*, pág. 53-54.

situación política y a un tipo de sociedad, no era absurda. Cualquier otra les condenaba a morir. Movidos por este instinto de conservación que nunca falla lucharían denodadamente.

Me encanta el detalle gracioso que cierra tan sabrosa escena; los compañeros del discolo, ante tan escandalosa actitud, quieren mantearlo, como se le hizo a Sancho. Por lo visto se practicaban todavía los castigos corporales y se seguían dando por los mismos alumnos al rebelde (¡extraña autodisciplina, y algo bárbara!). La novela del siglo de oro, particularmente la picaresca, enseñaba cómo por mando del maestro «desatacaba» caritativo un niño al condiscípulo travieso. El buen fraile sevillano no permitió, a pesar de su indignación, que le tributasen tal propina, tan añejo obsequio, y Blanco hace justicia a su moderación.

De este modo, a los pocos días logra el joven feijonista su definitiva emancipación de la aristotélica escuela de los dominicos. Ingresa en la universidad que Olavide no consiguió reformar del todo. El gobierno había desterrado el integrismo escolástico, pero los profesores de filosofía moral se confinaron a los «insignificantes» *Elementos* de Jacquier y de Heinecio, escolástico el primero aunque benigno, regalista el otro. «Pocas son las ventajas que un joven puede sacar de los estudios universitarios en España», advierte Blanco (43). Autodidacta como los más relevantes nombres de la época, y como Feijoo, fue al fin y al cabo José María Blanco.

### Conclusión

En sus *Heterodoxos* aludió Don Marcelino al vibrante homenaje rendido por Blanco a Feijoo, como evocó a Lista (44) y a su tan traído y llevado «chiste de la estatua», y preguntó: «¿Cuál es peor el desdén (de éste) o el elogio (de aquél)?» (45). Ni siquiera contestó el maestro a su pregunta. Regalo empozoñado a todas lucés fue el que tributó el «hereje» al monje: eso pensaba Menéndez Pelayo y tendría sus motivos.

Doña María Crespo, la madre de Blanco, espíritu vivísimo aunque sin desbrozar, se dio perfecta cuenta de lo que le estaba pasando a su hijo. Al ver a su escéptico neófito poner en tela de juicio todas las verdades que no fuesen las de la religión, con su habitual penetración caló las nuevas tendencias de su espíritu. Entonces ella dió gracias al cielo de que su José

(43) Los universitarios (y particularmente las «cabezas coronadas de borlas blancas» o sea los teólogos) nunca le encantaron al autor. Tampoco a Menéndez, según lo que dice Blanco. Aquél retrocedió instintivamente al divisar a sus antiguos colegas del claustro salmantino, esas «cogullas blancas, negras y pardas que ocultaban parcialmente las rollizas caras de sus ofendidos señores» (*Cartas*, pág. 112).

(44) A pesar de criticar violentamente a Lista, Menéndez Pelayo, op. cit., *ibid.*, no opina de otro modo que él: «no es Feijoo autor clásico, —dicen uno y otro—, pero sí ameno y fácil». Le reprochan también uno y otro su exceso de galicismos.

(45) Menéndez Pelayo, op. cit., pág. 91.

María hubiera nacido en España, porque, según expresión de la señora, «de otra manera pronto abandonaría el recinto de la Iglesia». Tenía razón esta mujer. Ahí quedaban levantadas las fuertes barandillas que protegían al viajero fascinado por la sima. Permanecía de pie el Tribunal de la fe, esa Inquisición a la que llama Blanco la *última ratio* de los teólogos españoles (46). Pero ¿hasta cuándo? Además se alegraba esta apasionada madre andaluza porque no podía entonces imaginar que por librarse de esta Iglesia y recobrar su libertad su amado hijo terminaría por sacrificar su corazón, es decir España, tierra de sus padres y amigos. En 1790 bendecía ella al cielo.

¿Fue auténtico discípulo del Padre Feijoo aquel canónigo inquieto (47) que en 1810 escogió la huida a Inglaterra, porque no quería seguir fingiendo ser católico, apostólico y romano? ¿No habrá traicionado el mensaje de aquel monje que fue y es gloria de España? Feijoo le enseñó, el espíritu crítico, la duda metódica. Escepticismo racional escepticismo mitigado, como el de los que más se atrevían en aquellos tiempos, los escépticos como Martín Martínez. Hay que dudar, sí, pero con prudencia.

De Bacon escribió el Padre Maestro que «rompió las estrechas márgenes en que hasta su tiempo estuvo aprisionada la filosofía (y) derribó las columnas que con la inscripción *Non plus ultra* habían fijado tantos siglos a la ciencia de las cosas naturales» (48). También del benedictino se puede decir que rompió unas estrechas márgenes, que derribó unas columnas, o más bien las apartó, las alejó conservando sin embargo, las inscripciones *Non plus ultra*, *Vedado*, *Prohibido el paso*. Este coto reservado es el de la fe, en que la razón nunca mandará (49). También Feijoo y la mayoría de sus coetáneos distinguen muy bien entre la fe y, la Iglesia entre la religión y sus ministros. A Blanco, medio siglo después, eso le costará trabajo y tarde o temprano pasará de la crítica de la vida sacerdotal a la duda religiosa. ¡Vía resbaladiza ésta de la razón razonadora, razonante, según predicción de la madre de Blanco! ¡Terrible resbaladero, para decirlo con las mismas palabras de Feijoo!

Asienta Menéndez Pelayo que si Feijoo admiró a Bacon, no fue ningún «pedisecuo de la inducción baconiana», ya que nunca juró «in verba magis-

(46) Tampoco se escapó del Santo Oficio el Padre Feijoo. Obra en el fondo de Inquisición en el Archivo Histórico Nacional un expediente de censura (núm. 174 en el catálogo de *Paz Papeles de Inquisición*). Se trata de la calificación de los párrafos 74 y 75 del octavo tomo del *Teatro* (1739).

(47) Podíamos buscar como otros, ensartando las citas, en que Blanco no disiente de las opiniones feijonianas (v.g. Admiración por Quintiliano). Sobre ser fastidioso esto no lograría probar «influencias» del uno sobre el otro. Igual que la cultura es lo que le queda al hombre después de haberse olvidado de todo, la herencia feijoniana será para Blanco lo que le quedó después de descartarlo todo, es decir un estado de ánimo, cierta «tournure d'esprit» que va más allá de cualquier fidelidad fetichista. «Nathanael, tira mi libro» le suplicaba Gide a su héroe. A la obra feijonista se le puede pegar fuego, o no volvería a manejar como lo hizo Blanco. No importa ya.

(48) *Teatro crítico*, tomo II, pág. 319 en la edición que manejo que es la de Madrid, Impreal, 1777-79.

(49) «Nadie hasta ahora fijó ni pudo fijar columnas con la inscripción *Non plus ultra* a las ciencias naturales. Este es privilegio municipal de la doctrina revelada» (*Teatro crítico*, t. II, pág. 12).

tri». Tampoco lo hizo Blanco. ¿Para qué se es entusiasta alumno de un fantástico maestro, si no para ir más allá? ¿Cómo iba a recalcar Blanco lo que por todas las Españas había difundido el monje? Heroico desengañador del pueblo exterminador de la superstición o cruzado de la verdad, como se quiera nombrarle, Feijoo lo fue: También Blanco. Sólo que en menos de un siglo unas palabras habían cambiado de valor, no significaban lo mismo: así «engaño», «superstición», «verdad».

La duda para uno era más que duda metodológica, o sea técnica, provisional, hipotética. Total, vital para el otro, para aquel Blanco que tan angustiosamente vivió el dilema de la razón y de la fe, mientras que Feijoo había quedado tan a gusto en su convento tan cómodamente instalado en su catolicismo. Terminaré con una pregunta que tiene cierto sabor «celtibérico» y que quizá parezca ya insólita. ¿Fue el tráfugo Blanco seguidor honroso o bastardo del «gran Español»? Para muchos renegado trágico salió el alumno, católico ejemplar y apacible había sido el maestro. También como paria se le suele pintar a Blanco, y traidor y fautor de leyendas negras, frente al Protoespañol Feijoo, al casi oficial cantor de las glorias patrias. Hay que guardarse de respuestas rotundas y de maniqueísmo fácil. El exiliado de Londres encarnó a su modo el auténtico amor a la patria, una forma de aquel amor por lo menos: «aquel amor justo, debido, noble, verdadero que el Padre Maestro oponía a la «pasión nacional». El «me duele España» que de mil maneras clamó Blanco también era amor. Sólo que la lucha él no escogió llevarla contra el vulgo y sus creencias, sino que tuvo que llevarla también consigo mismo.

«Entre mi madre y la justicia prefiero a mi madre», escribió el oranés Camus, cuando la reciente guerra anti-colonialista de Argelia. Blanco tomó la justicia, eligió la verdad y embarcóse en Cádiz. En uno y otro el ejercicio de la libertad fue el dolor y mutilación. El Maestro Feijoo no tuvo que escoger entre la Razón y su madre, o sea su Santa Madre la Iglesia. ¡Félicz él! Pero ¿quién seguirá tirándole la piedra a Joseph Blanco White?

*Universidad de Toulouse - le Mirail*